

repitan entonces con toda la sinceridad de sus corazones: Lavadme, Señor, de todas mis iniquidades, purificad las ideas de mi mente y los deseos de mi corazón, á fin de que pueda unirme á las disposiciones del sacerdote, y participar de los frutos del sacrificio.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por recordarme con la ofrenda del pan bendito que todos somos hermanos; hacednos la gracia de que nos amemos los unos á los otros como á hijos de una misma familia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *contribuiré siempre que pueda á la cuestacion del domingo.*

LECCION XX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Tercera parte de la misa (continuacion). — *Orate fratres.* — Cuarta parte de la misa. — Prefacio. — *Sanctus.* — Cánon. — Dípticos.

I. Tercera parte de la misa (continuacion). — Despues que en nombre de la Iglesia el sacerdote ha ofrecido el pan y el vino, y los fieles se han ofrecido con él para reconocer el supremo dominio de Dios y para la expiacion de sus pecados, vuelve al medio del altar, hace una ligera inclinacion, presenta la oblacion á la santísima Trinidad, y le manifiesta el objeto que se propone al presentársela, que no es otro que en memoria de los misterios de Jesucristo, y en honor de los Santos, es decir, para dar gracias á Dios por los favores con que nos ha colmado y para merecer su proteccion; para esto dice la siguiente oracion: «Recibid, santísima Trinidad, la oblacion que os ofrecemos en memoria de la Pasion, de la Resurreccion y de la Ascencion de Jesucristo nuestro Señor y en honor de «la bienaventurada María siempre Virgen, de san Juan Bautista, de «los apóstoles san Pedro y san Pablo, de estos ¹ y de todos los Santos, á fin de que sirva para su exaltacion y para nuestra salvacion, «y de que aquellos de que hacemos conmemoracion en la tierra se «dignen interceder por nosotros en el cielo. Por Jesucristo Señor «nuestro. Así sea.»

Esta antigua oracion ² menciona todas las personas que tienen derecho al sacrificio, aunque de un modo distinto: Dios, á quien se ofrece; Jesucristo, que es la víctima ofrecida no solo á Dios sino tambien en memoria de su propia Pasion, de su Resurreccion y de su Ascencion, y por consiguiente elevada delante del trono de Dios para estar siempre en su presencia y abogar por nuestra causa; y

¹ El sentido de estas palabras era antiguamente este: De los santos cuya fiesta se celebra; mas en el dia significa: de los Santos cuyas reliquias están depositadas aquí.

² Bona, lib. II, c. 9.

la Iglesia del cielo y de la tierra, unidas para participar del sacrificio católico, pues la Iglesia militante participa de él sacramentalmente recibiendo nuevos frutos de vida, al paso que la Iglesia triunfante participa también de él, si bien de un modo invisible, por cuya comunión continua Jesucristo comunica á los Santos del cielo la vida de la gloria ¹.

Al rezar esta oración, el celebrante tiene las manos juntas encima del altar y la cabeza inclinada, expresando con semejante postura reconocerse indigno de ofrecer el gran sacrificio á la majestad suprema, y comprender toda la inocencia que debe adornar al que se presenta delante de Dios de parte del género humano: finalmente besa el altar, símbolo de Jesucristo, para beber en él las santas disposiciones cuya necesidad siente más y más, y volviéndose hácia los fieles á fin de comunicárselas, les dice abriendo los brazos de su caridad: «Orad, hermanos, para que mi sacrificio, que es también el vuestro sea favorablemente acogido por el Dios Padre todopoderoso.»

El celebrante dice con voz algo más alta: *Orad, hermanos*, con objeto de ser oído al menos de los que se encuentran al rededor del altar, puesto que su invitación se dirige á los asistentes. La causa antigua de esta exhortación dimana de las distracciones que podía producir la ofrenda del pueblo por su mucha duración ²; mas la principal es que cuanto más se acerca el momento del sacrificio, más necesarios son la oración y el recogimiento.

Hasta este instante, el sacerdote confundido con el pueblo ha conversado en cierto modo con él por los diferentes votos que en su favor ha formado, por las varias instrucciones que le ha dado, y por las oraciones que ha hecho en su nombre, pero ahora abandonará á los fieles para hundirse en el secreto del santuario; nuevo Moisés, subirá á la terrible montaña para hablar con Dios, si bien no olvida, antes de dar tan gran paso, que lleva consigo las inseparables debilidades de la humanidad, y que en tan solemne ocasión necesita ser auxiliado con las oraciones del pueblo, y dice: *Orad, hermanos: Orate fratres; orad por mí*, como decían los sacerdotes hace más de ochocientos años ³ en esta circunstancia de la misa: *Orad por mí, pobre*

¹ El P. de Condren, *Idea del sacerdocio*, etc.

² Steph. Eduens. episc. *De Sacr. altar.* c. 12.

³ Miss. Illyric.

pecador, como dicen aun los Cartujos, quienes han conservado esta antigua costumbre ¹.

Con esta demanda se despide el sacerdote del pueblo, al cual no verá más hasta que se haya consumado el sacrificio, y durante todo este tiempo no se volverá hácia él, ni aun al decir: *Dominus vobiscum*, á pesar de que semejante saludo se hace siempre mirando á las personas á quienes se saluda: ocupado únicamente del gran misterio que va á verificarse y devotamente vuelto hácia el altar, como si se hallase encerrado en el Santo de los Santos, apartado del pueblo, no terminará sin embargo sus oraciones secretas sin levantar la voz para exhortar á los fieles á elevar su alma á Dios.

En el *Orate fratres* el sacerdote volviéndose hácia los fieles les dice: *Hermanos*, tierno nombre que data de diez y ocho siglos, que resonó en las Catacumbas, que fué pronunciado por pueblos enteros de Santos, y que se daban entre sí nuestros padres en la fe; y cuando los gentiles admirados les preguntaban: «¿Cómo! ¿sois todos hermanos? contestaban: Sí, porque hemos nacido todos de un mismo padre que es Jesucristo, y de una misma madre que es la Iglesia ².» ¡Ah! ¡cuán cariñoso es este nombre en la circunstancia en que lo pronuncia el sacerdote! *Hermanos*, unidos como estamos por los vínculos de la sangre, estémoslo también por los de la caridad; no nos separemos en este momento en que se trata de nuestra causa común; ahora que vamos á sentarnos á la misma mesa, á romper el mismo pan, pan que alimentará en nosotros una misma vida; la misma sangre correrá por nuestras venas, y será para nosotros la prenda de la misma herencia: ¡*Hermanos!*

Dice además, *mi sacrificio, que es también el vuestro*: es el mío porque soy su ministro, porque es ofrecido por mí, porque la víctima me pertenece; mas es también el vuestro porque le ofreceréis vosotros por mis manos, porque la víctima es vuestra. En seguida añade: *Para que sea recibido favorablemente*; pues, ¿cómo! ¿acaso puede ser rechazada la oblación de la sangre de un Dios, del Hijo único del Padre? No; mas con esta tengo que ofrecer otra víctima, y soislo vosotros, soislo yo, y el Dios tres veces santo puede encon-

¹ Ordin. Cartusian. c. 26, n. 21.

² Unde estis omnes fratres? De uno patre, Christo; de una matre, Ecclesia. (Arnob. *in Psalm.* cxxxiii).

trar manchas en esta segunda víctima; puede ver en nuestras manos injusticias, en nuestros corazones deseos criminales, en nuestras conciencias mancilla; así pues, para excitarnos á nuevos sentimientos de dolor, y á llorar por nuestros comunes pecados, os renuevo la advertencia de que oreis: *Orate fratres...*

Á tan justa y útil invitacion el pueblo contesta: Sí, oraremos, á fin «de que el Señor reciba de vuestras manos el sacrificio para honor y gloria de su nombre, para nuestra utilidad y la de toda la Iglesia.» ¡Ah! ¡cuán bella es la leccion de caridad que de esta oracion se desprende! nos recuerda que somos todos los hijos de una misma familia, pues el sacrificio va á ser presentado á Dios, nuestro Padre comun; Jesucristo, nuestro hermano, va á ofrecerse por las manos de un ministro elegido de entre nosotros, habiéndose consumado el gran misterio que va á renovarse á nuestra vista por la santificacion de todos. Si deseamos que nuestras oraciones sean acogidas, guardémonos de poner á nuestros votos restriccion ni reserva: el sacerdote contesta *Amen: ¡Así sea!* y reza la oracion llamada *Secreta*, cuyo nombre lleva porque se dice en voz baja.

El sacerdote penetra en el secreto del santuario para tratar allí y á solas con Dios; ¿qué hace el nuevo Moisés en tan misteriosa entrevista? Pide al Señor que las oblaciones de los fieles le sean agradables, y les obtengan todas las gracias que su sabiduría infinita sabe les son necesarias, y para unirse al sacerdote en aquel momento, los asistentes deben rogar á Dios que se digne purificarles y santificarles, á fin de que sean dignos de serle presentados como una hostia santa, viva y de agradable olor, disposicion tanto mas importante en cuanto se acerca el momento de la consagracion. Aquí principia la cuarta parte de la misa, que comprende desde el Prefacio hasta el *Pater*; mas antes de explicarla detengámonos un momento en examinar las analogías de la tercera parte de la misa con las circunstancias del sacrificio de la cruz.

Á los ojos de la piedad, el sacerdote descubriendo el cáliz es *Jesús desnudado*; el sacerdote haciendo el Ofertorio es *Jesús azotado*; el sacerdote cubriendo de nuevo el cáliz es *Jesús coronado de espinas*; el sacerdote lavándose las manos es *Pilatos practicando igual operacion*; el sacerdote diciendo: *Orate fratres, es Pilatos diciendo á los judíos señalando á Jesucristo: Ecce homo*. Para saber qué sentimiento debe dominar en nuestra alma durante la tercera parte del augustísimo sacrificio, recordemos que en aquel momento el Verbo encarnado se

ofrece á su Padre: adoracion, humildad, nos grita el ejemplo de la grande Víctima; adoracion, humildad, ¡ah! sí, ofrézcase, inmólese y desaparezca en cierto modo nuestro ser entero para honrar el supremo dominio de Dios de la vida y de la muerte. Ofrezcamos, consagremos sin reserva junto con la sublime Víctima nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestros bienes, pues la gloria y la felicidad están en este obligatorio holocausto que debe transformarnos en Jesucristo, y así cumplirémos en nosotros el primer fin del sacrificio que se ofrece para reconocer el sumo dominio de Dios sobre todo lo que existe.

II. Cuarta parte de la misa.— La cuarta parte de la misa empieza con el Prefacio, palabra equivalente á *preludio, introduccion, accion ó discurso precedente*, y en efecto, para preceder el Cánon y parar á los oyentes á escucharlo, quiere la Iglesia que se diga el Prefacio inmediatamente antes de empezar las oraciones que lo componen; en esto, es decir, al colocar un prefacio antes de la accion por excelencia, quiso imitar á Jesucristo, el cual empezó por dar gracias á su Padre antes de resucitar á Lázaro, y antes de cambiar el pan en su cuerpo y el vino en su sangre.

El Prefacio es un canto de triunfo y de gloria, una excitacion á elevar su corazon hácia Dios, y á unirse á las jerarquías de los Ángeles para alabarle y bendecirle; su antigüedad es mucha en la Iglesia, y probablemente tiene su origen en los Apóstoles ¹. San Cipriano explica claramente el motivo de su institucion: «Antes de empezar la oracion (el Cánon es la oracion por excelencia), el sacerdote prepara el espíritu de los hermanos con este prefacio: *Sursum*. «*corda: Elevad los corazones*, á fin de que el pueblo quede advertido «por su propia contestacion: *Habemus ad Dominum: Los tenemos en el Señor*, de la obligacion en que está de ocuparse solo de Dios ².» Generalmente se cuentan once prefacios, los cuales datan de mayor ó de menor antigüedad, y son: el prefacio comun para los dias que no lo tienen propio; los de Navidad, de la Epifanía, de la Cuaresma, de Pascua, de la Ascension, de Pentecostes, de la Trinidad, de los Apóstoles, de la Cruz y de la santísima Virgen: las iglesias particulares han añadido algunos otros, si bien de una fecha menos antigua ³.

¹ S. Aug. *Epist. ad Januar.* c. 54.

² De *Orat. Domini*.

³ Concilior. t. IV.

El sacerdote se ha separado del pueblo y se ha despedido de él dirigiéndole un solemne adios y recomendándose á sus oraciones: para indicar de un modo sensible tan misteriosa separacion, corríanse antiguamente las cortinas antes del Prefacio, y cerrábanse las puertas que separaban el santuario del resto de la iglesia ¹, para no volverlas á abrir hasta el momento de la Comunión.

Desde el fondo de tan terrible soledad, el sacerdote despues de invocar la bendicion de Dios sobre las ofrendas de los fieles, eleva de repente la voz para entonar el himno de la eternidad: *Per omnia sæcula sæculorum: Por todos los siglos de los siglos*, como si dijese: el Señor acepta vuestros dones, admite el sacrificio, el sacrificio que se convertirá para vosotros en un manantial de bendiciones; y ¿cómo habria podido rechazarlo, si le he rogado en nombre de su adorable Hijo, á quien oye siempre, y el cual vive y reina con él *en todos los siglos de los siglos*? El pueblo, que comparte la alegría del sacerdote, se apresura á contestar: *Amen. ¡Así sea!* Consentimos en la oblacion que acabais de presentar, cuyas víctimas somos; y con felicidad sabemos que Dios se ha dignado aceptarla: *Amen: ¡Así sea!* Y las bóvedas del templo resuenan con tan solemne protesta, los ecos de la Jerusalem celeste la repiten á los Ángeles enterrecidos, y aquí empieza entre el sacerdote y los fieles un diálogo cuya belleza está realzada por el inimitable canto que la acompaña ².

El Señor sea con vosotros, dice el presbítero desde el fondo del santuario; preparaos, pues van á suceder grandes cosas.

Sea tambien con tu espíritu, contesta el pueblo; jamás os ha sido tan necesaria su asistencia.

Elevad vuestros corazones, dice el sacerdote. ¡Oh Dios mio! al pensar que tan admirable invitacion ha salido mil veces de los labios de los Crisóstomos, de los Ambrosios, de los Basilio, de los Agustines, y que ha resonado en los oidos de millones de Santos y de Mártires; al pensar las impresiones que ha producido en esa multitud de corazones, ¿cómo no escucharla con profundo respeto, cómo no contestar á ella con indecible fervor?

Elevados los tenemos al Señor. ¿Es esto verdad? ¿Se han desprendido realmente nuestros corazones de las afecciones terrestres? ¿Hemos olvidado en tan solemne momento nuestros placeres, nuestros

¹ Liturg. de san Jaime, de san Basilio y de san Juan Crisóstomo.

² Concilio. t. IV.

negocios y las mil minuciosidades que nos divierten? El cielo que va á abrirse y la Víctima que va á descender, ¿lo son todo para nosotros? La Iglesia lo desea, el sacerdote gusta de crearlo así; y por esto añade:

Demos gracias al Señor nuestro Dios por tan feliz disposicion, por los beneficios de que nos ha colmado hasta ahora, y por los señalados favores que está dispuesto á concedernos todavía; y los fieles, en un transporte de gratitud y de amor, contestan por aclamacion: *Es justo y puesto en razon*.

Seguro de las disposiciones de los asistentes, cuyos votos acaba en cierto modo de recoger, el sacerdote se encuentra cargado de todas las aspiraciones, es el intérprete de todos los corazones, y repitiendo la contestacion del pueblo, la depone ante el trono de Dios; á los motivos de justicia que nos obligan á dar gracias á Dios, añade el celebrante otros motivos de interés: *Dar gracias al Señor*, dice, *es una cosa verdaderamente digna y justa, equitativa y saludable en todos los tiempos y lugares*, y para probarlo el sacerdote recuerda la santidad, el poder, la bondad infinita de Dios: *Pater omnipotens, æterne Deus*. En todas las fiestas señala algunos de sus beneficios análogos á la circunstancia, y luego añade la eterna y sublime conclusion de todas las súplicas católicas: *Per Jesum Christum*, manifestando que todas las acciones de gracias las tributamos por Jesucristo. Mediador entre la Jerusalem terrestre y la Jerusalem celestial, Dios por naturaleza, Hombre por obediencia, Rey del cielo, Señor del género humano, *Dominum nostrum*, él es quien desató nuestra lengua para ponerla en estado de alabar á Dios; él es quien asocia nuestra voz á la de los bienaventurados espíritus; por él la celeste milicia tributa á Dios los homenajes proporcionados al rango que le señaló el Eterno: *Per quem majestatem tuam*. Entonces, ¡oh momento solemne! de los cánticos de los Ángeles y de los cánticos de los hombres se forma un solo cántico, una sola voz que repite y repetirá eternamente: *Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos: Sanctus, Sanctus, etc.*

El *Sanctus* es un himno que la tierra debe al cielo; arrobado Isaías escuchólo cantar alternativamente por los Serafines, y san Juan afirma que los Santos harán resonar con él eternamente la Jerusalem celeste ¹; así pues, el *Sanctus* es un canto sublime que la Iglesia triun-

¹ Apoc. iv, 8.

fante ha enviado á su hermana la Iglesia militante, para que aprenda á balbucearlo en el destierro, y se consuele con la esperanza de entonarlo un día. El *Sanctus* se encuentra en las mas antiguas liturgias ¹.

Al rezar el *Sanctus*, el sacerdote baja la voz, así porque la verdad que contiene consuele al que la recita, como porque despierte la atencion; sin embargo, lo pronuncia con voz inteligible, pues siempre se ha invitado al pueblo á repetir este cántico ²; y de aquí viene el que lo repita el coro en las misas solemnes. Para indicar el profundo respeto con que reza el *Sanctus*, el sacerdote junta las manos y permanece inclinado, al mismo tiempo que se agita una campanilla para advertir á los asistentes que el celebrante se dispone á rezar la grande oracion del Cónon, que debe obrar la consagracion del cuerpo de Jesucristo. El *Sanctus* termina con estas palabras: *Hosanna in excelsis: Os ruego que nos salveis, Vos que habitais las celestiales alturas. Hosanna*, grito de gozo, enérgica aclamacion, es una palabra hebrea como *amen* y *alleluia*, que la Iglesia ha conservado sin traducir. Al decir las últimas palabras, el sacerdote se levanta, hace sobre sí mismo la señal de la cruz, porque solo por la virtud de la cruz tenemos parte en las bendiciones que Jesucristo ha venido á derramar sobre la tierra, y sigue inmediatamente el Cónon.

La palabra *Cónon* significa regla, y se ha dado este nombre á la parte de la misa que empieza con estas palabras: *Te igitur*, y que se extiende hasta el *Pater*, porque contiene todas las oraciones prescritas por la Iglesia para ofrecer el santo sacrificio, oraciones que jamás deben cambiarse. Las oraciones del Cónon datan de la mas remota antigüedad ³, y con razon dice el concilio de Trento *que están compuestas con las mismas palabras de nuestro Señor, con las tradiciones de los Apóstoles, y con las piadosas instituciones de los santos Papas* ⁴. Los santos Padres dan tambien al Cónon el nombre de *oracion*, es decir, de oracion por excelencia, en cuanto se pide en él el mayor de todos los dones, que es Jesucristo, y el de *accion*, es decir, de accion por excelencia, en cuanto en esta parte de la misa se

¹ Liturg. de san Jaime; S. Cyril. *Catech. myst.* V.

² S. Greg. Nyss. *Orat. de non diff. Baptism.*

³ Vigil. papa, *Epist. ad præfect. Bracar.*; S. Cypr. *De Orat. dom.*; Innocent. I, *Epist. ad Decent.*

⁴ Sess. XXII, c. 18 et c. 4.

verifica la mas sublime accion que sea dable concebir ¹. La accion por excelencia es el sacrificio, y así es que en las lenguas antiguas *accionar* y *sacrificar*, *accion* y *sacrificio* se expresa con la misma palabra.

El Cónon en el cuerpo de las oraciones católicas, es la mas excelente y mas antigua, siendo imposible citar tiempo alguno en la Iglesia en que el santo sacrificio se haya ofrecido con otras oraciones; sabido esto, ¿cómo no venerar las palabras que nuestros padres en la fe pronunciaron antes que nosotros, las oraciones que eran su único consuelo, y que durante las persecuciones les daban la fuerza y el valor necesarios para resistir á los tiranos, sufrir los tormentos y derramar su sangre por la Religión?

Terminado el *Sanctus*, el sacerdote eleva los ojos y las manos al cielo, para imitar al Salvador, quien se dirigia al Padre que reina en los cielos antes de obrar sus milagros; mas no tarda en bajar los ojos, en juntar las manos y en inclinarse en actitud suplicante; en seguida besa el altar, simbolo de Jesucristo, con objeto de expresarle su amor y su respeto, y de pedirle que haga eficaz su oracion sobre el corazon de Dios, y dice: «Os suplicamos, pues, Padre cle-
«mentísimo, y os conjuramos por nuestro Señor Jesucristo vuestro
«Hijo, que recibais agradablemente y bendigais estos dones, estas
«ofrendas, estos sacrificios santos y sin mancha que os ofrecemos, en
«primer lugar por vuestra santa Iglesia católica, á fin de que os dig-
«neis darle paz, conservarla y mantenerla en union, y gobernarla
«por toda la tierra, y con ella á vuestro servidor nuestro papa N., y á
«nuestro obispo N., y á nuestro rey N., y á todos aquellos cuya
«creencia es ortodoxa, y que profesan la fe católica y apostólica.»

Estas palabras: *Os suplicamos, pues*, indican distintamente que esta oracion es consecuencia de las anteriores; en el Prefacio han declarado los fieles que tenian elevados sus corazones, que unian sus voluntades y sus voces á las de los Ángeles y de los Santos para glorificar á Dios, y de aquí deduce el sacerdote que ya es tiempo de pedir al Señor la bendicion y la consagracion de la víctima.

Al decir *estos dones, estas ofrendas, estos sacrificios santos y sin mancha*, el sacerdote hace por tres veces la señal de la cruz sobre el cáliz y sobre la hostia, para manifestar que por los méritos de la cruz de Jesucristo pide á Dios que bendiga el pan y el vino y los cam-

¹ Strab. *De reb. eccl.* c. 22.

bie en el cuerpo y en la sangre del Salvador, como *dones* que vienen de él, como *presentes* que le ofrecemos, y como *la materia del sacrificio puro y sin mancha* que va á serle hecho. Durante el resto de esta oracion, el celebrante conserva las manos extendidas á la altura de las espaldas; y al contemplarlo en semejante postura, ¿no os parece ver á Moisés en la montaña, á Jesucristo en la cruz y á nuestros padres en las Catacumbas, pues en aquella postura oraban? ¿Nada dirá á nuestro corazon espectáculo tan rico en recuerdos?

En la primera oracion del Cánon la Iglesia expresa el objeto que se propone al ofrecer el augusto sacrificio, que no es otro que la paz y union entre sus hijos; la conservacion del Sumo Pontífice, centro de la unidad católica y representante de Jesucristo en la tierra; la del obispo del lugar, porque ha sido establecido para dirigir una parte del rebaño; la del rey, obispo en lo exterior, y finalmente la gracia á cuantos profesan la fe católica y ortodoxa: durante esta oracion los fieles se unen al celebrante para pedir á Dios que admita sus dones, que exalte su santa Iglesia, y que conceda á sus hijos una vida dulce y tranquila bajo la conducta de los que ha destinado para gobernarles¹.

Despues de recordar el fin principal por que se ofrece el sacrificio y de orar por toda la Iglesia, el sacerdote reza la segunda oracion del Cánon, en la que recomienda á Dios á todos los asistentes, y particularmente aquellos por quienes va á ofrecer la santa Víctima: «Acordaos, Señor, dice, de vuestros siervos y de vuestras siervas NN. (aquí los designa), y de cuantos están aquí presentes, cuya fe y devocion conoceis, por los cuales os ofrecemos, ó que os ofrecen, este sacrificio de alabanzas por sí mismos, por todos aquellos que les pertenecen, por la redencion de sus almas, por la esperanza de su salvacion y de su conservacion, y que os tributan sus homenajes, ó Dios eterno, vivo y verdadero.»

¿Quién no reconoce en esta oracion el corazon maternal de la Iglesia? Salud corporal y espiritual, paz, union, caridad, salvacion eterna para todos sus hijos; hé aquí lo que pide á su divino Esposo; hé aquí lo que desea que pidamos los unos por los otros. Sin embargo, su ternura no está aun satisfecha, y despues de haber reunido á todos sus hijos que viajan con ella por el mundo, despues de haberles dicho que no deben formar entre ellos mas que un corazon y un al-

¹ Lebrun, art. 11. pág. 413 y sig.

ma, despues de haberles abrigado en cierto modo bajo sus alas, como hace la gallina con sus polluelos, nuestra tierna madre nos advierte que elevemos nuestros ojos junto con ella, que contemplemos á nuestros hermanos tendiéndonos los brazos, y á los Ángeles preparándose para colocar nuestras oraciones en sus incensarios de oro á fin de presentarlas al Señor como un perfume de suave olor.

Recuérdanos, pues, el dogma consolador de la comunión de los Santos que hace de los cristianos de la tierra y de los cristianos del cielo una sola familia cuyos intereses son comunes. Amados míos, nos dice, vosotros á quienes doy ahora á luz para Jesucristo, esperad: estais en comunión con vuestros hermanos primogénitos; sus oraciones apoyarán las vuestras; vuestro sacrificio es el suyo; y escuchad como nos repite el nombre de algunos de los ilustres habitantes de los cielos: el de María nuestra madre y madre de Jesucristo nuestro hermano; el de los Apóstoles y el de algunos Mártires. «Estando en comunión, dice el ministro sagrado, y honrando la memoria en primer lugar de la gloriosa María siempre Virgen, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, y de vuestros bienaventurados apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés, Jaime, Juan, Tomás, Jaime, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simon y Tadeo, Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damian, y de vuestros Santos, por cuyos méritos y oraciones dignaos hacer que gocemos siempre del auxilio de vuestra proteccion, por el mismo Jesucristo, nuestro Señor. Amen: Así sea.» Durante esta oracion, el sacerdote conserva las manos elevadas, y se inclina por respeto á los nombres de Jesús y de María.

Parece que seria bastante, sin nombrar á tan gran número de bienaventurados, decir: *Honrando la memoria de vuestros Santos, por cuyos méritos y oraciones dignaos hacer, etc., etc.*, mas la Iglesia ha querido perpetuar el recuerdo de una preciosa costumbre de su venerable antigüedad. Antiguamente cada iglesia conservaba cuidadosamente tres catálogos ó *dípticos*, palabra que significa tablas dobladas: en el primer *díptico* se escribía el nombre de la santísima Virgen, de los Santos, de los Apóstoles y sobre todo de los Mártires, y mas tarde el de los obispos muertos en olor de santidad; cuando se queria declarar á un hombre santo escribíase su nombre en el *díptico* de los Santos, y de aquí ha venido la palabra *canonizar*, pues se leía durante el *Cánon*. En el segundo se escribían los nombres de

los fieles que vivían todavía y que eran recomendables por su dignidad, ó por los servicios que habían prestado á la Iglesia, de modo que este catálogo contenía los nombres del Papa, del patriarca, del obispo, del clero de la diócesis, de los reyes, de los príncipes, de los magistrados, etc. En el tercero se inscribían los nombres de los fieles muertos en la comunión de la Iglesia, y los tres catálogos eran públicamente leídos en la iglesia durante el santo sacrificio de la misa por el presbítero, por el diácono ó por el subdiácono.

Aun se conservan restos de tan antigua costumbre; así es que al principiar el Cónon se recitan los nombres del Papa, del obispo, del rey, etc.; en el primer *Memento* los nombres de los vivos; en el segundo, los de los difuntos, y antes y después de la consagración, los de los principales Santos de la Iglesia. En el sermón del domingo se encuentran también vestigios de la misma tradición, pues en él se ruega por los vivos y por los muertos, y se nombra á unos y á otros. A nuestro modo de ver, nada hay tan tierno ni tan caritativo¹; y véase como en nuestra liturgia todo respira la gran virtud del Cristianismo, la virtud que civilizó el mundo, la virtud que hace todavía la fuerza de los Estados, la felicidad de las familias y el encanto de la vida, la caridad!

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por las sublimes lecciones de fervor y de caridad que me dais en las oraciones del santo sacrificio; ayudadme para que las comprenda bien y las rece como los primeros cristianos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor *asistiré á la misa con el ánimo de una víctima.*

¹ Véase Mr. Thirat, pág. 333; Lebrun, pág. 410.

LECCION XXI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Cuarta parte de la misa (continuación).—Consagración.—Elevación.—Oraciones que la siguen.—Analogías entre la cuarta parte de la misa y la Pasión.—Sentimiento que debe dominar en nuestro corazón.

En la oración que antecede la Iglesia de la tierra ha entrado en comunión con la del cielo; ambas hermanas se han reunido para ofrecer el grande sacrificio que á todas les regocija: el sacerdote es su ministro; en su nombre va á tomar posesión de la Víctima, y vedle extender las manos sobre el cáliz y sobre la hostia. Esta imponente ceremonia nos traslada á una época anterior de tres mil años á la nuestra; y presenta ante vuestros ojos á Aaron y á los antiguos pontífices, sucesores de éstos, extendiendo las manos sobre la cabeza de las víctimas, tomando posesión de ellas en nombre de Dios, y expresando con aquella postura que el animal cuya sangre iba á ser derramada era sustituido en su lugar, en lugar del hombre culpable y digno de muerte; lo mismo hace el sacerdote católico.

Sin embargo, no extiende las manos sobre una víctima simbólica, pero sí sobre la verdadera Víctima esperada durante cuarenta siglos; y como las de Aaron, sus manos extendidas dicen que él es el culpable, él, el que debe ser sacrificado en vez de la Víctima inocente. ¡Oh! ¡con cuáles sentimientos, sacerdotes y fieles, debemos unirnos á esta oración! ¡de qué santo temor debemos hallarnos poseídos cuando presenciamos tan tremenda ceremonia, cuando meditamos que allí, bajo las manos del sacerdote, estamos colocados como á víctimas con Jesucristo, y cuando oímos aquellas palabras por las que la santidad de Dios se apodera de la víctima! *Hanc igitur*, etc. «Señor, os rogamos, pues, que admitais favorablemente «la ofrenda de nuestra servidumbre y de toda vuestra familia, que «ilumineis nuestros días con vuestra paz, que nos libreis de la condenación eterna, y que nos coloquéis en el número de vuestros «elegidos, por nuestro Señor Jesucristo. Así sea.»